

*Compartiendo
historias de fronteras*
Cuerpos, géneros, generaciones y salud

CATALINA A. DENMAN
JANICE MONK
NORMA OJEDA DE LA PEÑA
(editoras)



ANEXO 2

Programa de salud sexual y reproductiva
con mujeres indígenas en Cañón Buenavista

Sesión I Tema: Concepto salud-enfermedad-prev./promotoras
Duración: 4 hrs. Tiempo: 10:00 a.m. a 2:00 p.m. agosto 15 de 1999

Nombre	Objetivo	Actividades	Tiempo	Material	Duración-Tiempo
Introducción	Mencionar la dinámica con que trabajaremos y presentar los temas que veremos en esta etapa	Presentación	15 min.	Rotafolio	10:30 - 10:45
¿Dónde estamos?	Discutir sobre las dificultades que se encontraron en la primera etapa del proyecto	Discutir por parejas	15 min.		10:45 - 11:15
		Presentar	15 min.		
¿A dónde vamos?	Discutir sobre sus expectativas de la segunda fase del proyecto	Lluvia de ideas	15 min.	Rotafolio	11:15 - 11:30
Causas de la enfermedad	Identificar y analizar las causas políticas, sociales, culturales de la enfermedad y sus consecuencias	Sociodrama	45 min.		11:30 - 12:15
Receso					12:15 - 12:30
El papel de las promotoras y la prevención de las enfermedades	Reconocer las tareas propias de una promotora y resaltar la importancia de su papel en la prevención de las enfermedades	Presentación del video "Las cosas han cambiado"	60 min.		13:30 - 1:30
Prácticas tradicionales	Conocer y discutir sobre las prácticas tradicionales como tratamiento; cuáles son inocuas, nocivas y cuáles las que ayudan	Elabora un recetario de remedios caseros o tradicionales	60 min.		1:30 - 2:30

LA MIGRACIÓN Y EL CUERPO: MUJERES MEXICANAS
QUE TRABAJAN EN EL AGRO DE CALIFORNIA

Xóchitl Castañeda y Patricia Zavella

INTRODUCCIÓN

Dentro de las políticas transnacionales y de migración deben considerarse las ideas, los mitos y las experiencias que giran alrededor del cuerpo: el cuerpo de las mujeres mexicanas que producen y reproducen la mano de obra agrícola en los Estados Unidos, especialmente en California. Las mexicanas que emigran a California no son únicamente cifras y números; son personas con historia, sueños, aspiraciones y negaciones que se imprimen en un cuerpo marcado racialmente. Dentro de las políticas vinculadas a las relaciones de género, tanto en el ámbito doméstico como en el público, es importante reconocer cómo las diferencias y las expectativas del cuerpo productivo, del cuerpo sexuado y del cuerpo indocumentado se negocian y se trasgreden estando tanto en México como en los Estados Unidos.

El denominado "cuerpo social" de las trabajadoras agrícolas mexicanas en California está moldeado por mecanismos dinámicos que comprenden al individuo y al medio transnacional que lo rodea, e incluyen tanto aspectos económicos, estéticos, culturales como geopolíticos (Scheper-Hughes, 1994; Martín, 1995). Los lazos establecidos entre los seres humanos y la cultura están inscritos en el cuerpo. Cada sociedad construye sus propios cuerpos: las percepciones sobre sí mismo, sus funciones, atributos, movimientos, los nombres que se le asignan, la forma como se expresa. Asimismo, la manera en que se expone y se reprime, tanto en un sentido simbólico como literal. Los cuerpos son construcciones sociales situadas en un contexto específico que varían de acuerdo con las diferencias de género, de clase social, de edad, de orientación sexual y de origen étnico, entre otros factores. Como afirma Katherine Young (1995:17): "El

cuerpo ha sido inventado. La manera en la cual nos sostenemos y nos movemos es parte de nuestra adherencia a una cultura específica”.

El objetivo de este artículo es analizar la forma en que las trabajadoras agrícolas redefinen su cuerpo en el proceso migratorio, deconstruyendo, por un lado, nociones de modestia y de la correcta apariencia, y, por otro, de independencia. Más allá del cruce de fronteras (Estados Unidos-México), el cuerpo de estas mujeres transita y se redefine a partir de las mediaciones de género y de los significados sociales, culturales y políticos construidos desde sus comunidades de origen y en las nuevas moradas.

Nuestros hallazgos documentan y contextualizan, por una parte, la vida de mujeres mexicanas trabajadoras agrícolas en el norte de California. Por otra, muestran cómo las construcciones socioculturales se relacionan con el comportamiento sexual y pueden poner a las mujeres en riesgo de adquirir infecciones de transmisión sexual (ITS). A partir de un enfoque cualitativo, analizamos cómo se inscriben en el cuerpo los valores, normas y mitos, y cómo se insertan en las dinámicas de género, en las desigualdades políticas y en el mismo cuerpo de estas mujeres.

Asimismo, analizamos dentro del vaivén migratorio la forma en la cual las trabajadoras agrícolas desarrollan mecanismos de supervivencia y deconstruyen las nociones tradicionales de cuerpo contestando muchas veces a un discurso hegemónico. En la parte analítica, nos basamos en el marco conceptual de Faye Ginsburg y Rayna Rapp. Estas autoras argumentan que la reproducción social —donde la sexualidad es central— debe ser considerada como una expresión local de las desigualdades transnacionales (Ginsburg y Rapp, 1995). Es en este marco donde las trabajadoras agrícolas crean nuevas relaciones sociales a través de una lucha personal y de género, enmarcada dentro de movimientos sociales y otras demandas que surgen de las ideologías religiosas y políticas, así como de fuentes de marginación.

El conocimiento que estas mujeres tienen sobre prácticas vinculadas con la reproducción social, la sexualidad y el cuerpo, refleja los valores adquiridos a partir de experiencias pasadas, dentro de un contexto regional, económico y político. Este conocimiento está orquestado fundamentalmente por tres factores: en primer lugar, la globalización que pone en

movimiento la migración de la gente, las ideas, las fuentes de trabajo, la cultura popular, como también las infecciones transmitidas sexualmente, las cuales no respetan fronteras nacionales. En segundo lugar, las ideologías patriarcales dominantes, que incluyen valores establecidos por la misma normativa patriarcal, lo cual además genera nociones contradictorias respecto al cuerpo y al placer. En tercer lugar, los valores determinados por la iglesia católica, que delimitan las dimensiones morales de la sexualidad y los significados que regulan el comportamiento sexual “aceptable” y el acceso al placer. Por otro lado, se gestan nuevos valores y discursos alternativos, vinculados en este caso con la migración.

La economía de las áreas agroindustriales de California está íntimamente ligada a la migración mexicana. La producción y la reproducción social generan cambios culturales complejos y contradictorios en ambos lados de la frontera. En el caso de las trabajadoras agrícolas, se puede decir que viven en “mundos socialmente divididos” de forma similar al que viven por ejemplo las trabajadoras sexuales en la Ciudad de México.

En un estudio dirigido por Xóchitl Castañeda (1996) sobre el comercio sexual en la Ciudad de México se argumenta que las trabajadoras sexuales al terminar su jornada se quitan las “máscaras laborales”; es decir, los artificios adoptados durante el trabajo que permiten exacerbar los atributos femeninos, por ejemplo cierto tipo de vestuario y maquillaje. Los rituales de paso transforman a la mujer secreta-trabajadora-guerrera (que tuvo que arriesgar desde encuentros violentos, delación, hasta la posibilidad de contraer una enfermedad venérea) en una mujer “normal”.

Un fenómeno similar es experimentado también por las mujeres de origen mexicano que trabajan en la agroindustria de California.

Las mujeres se cubren el cuerpo y se “enmascaran” no sólo para protegerse del sol, el frío o los pesticidas, sino también del acoso sexual. Es común que cuando las mujeres están, por ejemplo, en la pisca de la fresa, se pongan encima del pantalón capas de otras prendas (suéteres o toallas) para que la persona que viene atrás en la cuadrilla no “tenga ninguna tentación”. Se amarran camisas a la cintura para esconder sus caderas y las regiones genitales.

Nosotras trabajamos casi todo el tiempo agachadas, nuestros “traseños” quedan en la cara del que viene atrás, que muchas veces es un

hombre. La cantidad de mujeres en los campos es mucho menor a la de los hombres y no siempre podemos estar en una cuadrilla sólo de mujeres. Es importante protegernos de ellos y de lo que las otras mujeres pueden pensar, pues si uno anda enseñando su cuerpo, luego corre el chisme que lo que estamos buscando no es pisar la fresa, sino a los hombres (Juana, 28 años, casada).

En este mismo sentido, María observó que: "No puedo ni siquiera usar rímel, porque me empiezan a molestar, a querer tocarme y a armar un escándalo" (María, 19 años, soltera):

De acuerdo con Patricia Zavella, la forma en que las mujeres adoptan estos cambios es a través de la experiencia de una "visión periférica". Ya sea viviendo en México o en los Estados Unidos, las trabajadoras constantemente relacionan y comparan sus vidas y las de sus familias con lo que pasa "en el otro lado", donde este "otro lado" se dé, ya sea en México o en Estados Unidos. Originado en la periferia y en el desequilibrio de poderes entre México y Estados Unidos, la visión periférica es una perspectiva que con frecuencia recuerda a la gente la inestabilidad de su situación en comparación con otras personas. Sus vidas fluctúan, se reestructuran y organizan alrededor de empresas que responden a presiones de la economía global (Zavella, 1999).

Generalmente, las mujeres continúan ligadas a sus familias, a sus comunidades y a ciertas estructuras tradicionales. Paralelamente, se convierten en "máquinas productoras" en un nuevo contexto regido por lógicas socioculturales y económicas distintas. Por un lado, conservan normas establecidas desde sus localidades y, por otro, renegocian nuevos valores adquiridos en la dinámica migratoria. Se desplazan entre ambos, matizando sus identidades de acuerdo con el contexto social en que se encuentran. En la siguiente sección de este artículo daremos información sobre el contexto socioeconómico y político en que se desenvuelve la vida de estas mujeres.

INFORMACIÓN DE CONTEXTO

Alrededor de 22 millones de personas de origen mexicano viven oficialmente en los Estados Unidos. Los latinos representan un 60% y de éstos, 8.5 millones de personas son nacidas en México. En California, la gente de origen mexicano nacida en los Estados Unidos y en México representa oficialmente 31.8% de la población, de modo que California es el primer estado de la Unión Americana donde las "minorías étnicas" se están convirtiendo en mayoría. De éstos, aproximadamente cuatro millones nacieron en México. En este sentido, es fundamental revalorizar las prioridades públicas, cívicas y de gobierno, comenzando por reconocer que en Estados Unidos los mexicanos y las mexicanas son una población importante, dinámica y permanente dentro de una sociedad cada vez más diversa. Según el Servicio de Inmigración y Naturalización (INS), hay cerca de ocho millones de residentes indocumentados en Estados Unidos, de los cuales por lo menos 72% son de origen latino. Aproximadamente 40% de los latinos indocumentados viven en California. Los mexicanos(as) son el grupo más importante de la población indocumentada de Estados Unidos (Bureau of Primary Health Care, 2000).

Las comunidades rurales mexicanas se han convertido en grandes expulsoras de mano de obra agrícola que emigra a Estados Unidos, especialmente a California, donde 92% de los trabajadores agrícolas son mexicanos (Villarejo *et al.*, 2001). Estos(as) agricultores(as) mexicanos(as), al tener pocas oportunidades económicas en sus lugares de origen, se ven forzados(as) a emigrar, a trabajar en el "Norte". La disponibilidad de trabajos a largo plazo ha facilitado a muchos migrantes mexicanos establecer un segundo hogar en California, en el cual permanecen durante periodos más largos (U.S. Department of Justice, 1997). Estos procesos han impulsado la "mexicanización" de ciertas áreas rurales de California, donde los trabajadores agrícolas se han convertido en la mayoría de la población y han cambiado el carácter de la vida rural en estas comunidades.

En California, los/las trabajadores mexicanos provienen cada vez más de comunidades indígenas de México. Debido a esto, en estas regiones se experimenta una creciente discriminación y explotación no sola-

mente por parte de los norteamericanos, sino también de chicanos y otros mestizos mexicanos (Zabin *et al.*, 1993). Muchas comunidades rurales en California se han convertido en lugares de pobreza concentrada. En una de las comunidades donde realizamos nuestra investigación, "Pájaro Valley", la mayoría de los jornaleros agrícolas son mexicanos (90%). En cambio, en las fábricas de alimentos son las mujeres mexicanas quienes realizan la mayor parte del trabajo (Bardacke, 1994). Una encuesta en esta comunidad mostró que cada unidad habitacional está compuesta de siete miembros en promedio, con aproximadamente tres trabajadores por unidad (Santa Cruz County Farmworker Housing Committee, 1993).

Muchas de estas familias son "binacionales", es decir, mantienen hogares en ambos lados de la frontera entre Estados Unidos y México. Generalmente sirven como "puente" para otros migrantes internacionales. Además, miembros de las familias asentadas en Estados Unidos con frecuencia regresan a sus comunidades de origen en México para visitar a parientes, supervisar sus propiedades y negocios. En este sentido, los agricultores mexicanos son partícipes de ámbitos sociales paralelos: las comunidades agrícolas en California y las comunidades de donde emigraron en México (Lozano Ascencio, 1993; López, 2002). Sus familias generalmente dependen de las remesas generadas en Estados Unidos para sostenerse, las cuales representan la tercera fuente de ingresos para la economía mexicana (CONAPO, 2001). Juan Vicente Palerm argumenta que este fenómeno constituye un sistema binacional de producción y reproducción agrícola (Palerm y Urquiola, 1993), y por la interdependencia que existe, el fenómeno no se puede entender si no se toman en cuenta los dos polos (López, 2002).

Las trabajadoras agrícolas constituyen uno de los grupos de población que desempeñan uno de los papeles más importantes en las complejas relaciones entre los Estados Unidos y México, tanto por la labor que realizan, por las remesas que envían, como por su papel en la redefinición sociodemográfica. La mano de obra agrícola de origen migrante mantiene una industria multimillonaria. Más de 80% de todos los trabajadores agrícolas de Estados Unidos nacieron fuera de este país. De éstos, 95% son nacidos en México (National Center for Farmworker Health, 2002).

En California, casi un tercio de los 100 millones de acres de tierra están dedicados a la agricultura. En esa superficie se cultiva 55% de la producción nacional de frutas y legumbres; 95% de los trabajadores del campo de California son inmigrantes y 91% del total son nacidos en México; mientras que muchos del restante 5% son hijos de padres mexicanos (National Agricultural Workers, 2000). En este sentido, las zonas agroindustriales de California se han convertido en grandes generadoras de capital gracias a la mano de obra barata de los/las trabajadores(as) mexicanos(as). Sin los esfuerzos de estos trabajadores(as) agrícolas, no sería posible mantener estas industrias multimillonarias, calculadas en 1990 en más de 15 mil millones de dólares (INS, 1996). Como pago por su trabajo, la mayoría de los campesinos (70%) perciben salarios anuales menores de \$7,500, cifra que está por debajo del nivel de pobreza federal. Los beneficios que los/las campesinos(as) perciben en materia de salud, educación y vivienda son mínimos. En este sentido, a pesar de las altas ganancias del negocio agrícola, las ventajas no se dirigen a los trabajadores. Además, algunos patrones o dueños de empresas agrícolas no reportan los salarios de los trabajadores.¹ Consecuentemente, muchos de los trabajadores no pueden obtener algunos de los beneficios de la seguridad social (Office of Minority Health Resource Center, 1988) cuando sufren accidentes de trabajo o alcanzan la edad del retiro, lo que es una causa más de riesgo para su salud.

LA SALUD DE LOS/LAS TRABAJADORES(AS) AGRÍCOLAS

En los Estados Unidos, los/las trabajadores agrícolas en general presentan un estado de salud similar al de los habitantes de países subdesarrollados, a pesar de vivir y trabajar en una de las naciones más ricas del mundo y, en lo que respecta a California, en la primera economía del país (Dever, 1991). Debido al estado de pobreza y marginación en

¹ California Assembly Bill 2862 [Ley 2862 de la Asamblea de California], ratificada en 2001, aumentó los sanciones civiles y penales para agricultores y contratistas por falta de pago de sueldos a los campesinos (entrevista con I. Hernández, director de Staff para California Assemblywoman Gloria Romero, López 2002:290).

que viven, corren más riesgo que la población en general de contraer ciertas enfermedades infecciosas. La exposición a pesticidas y las precarias condiciones de sus viviendas los hacen más susceptibles a ciertos problemas de salud. Por ejemplo, en California más de un tercio de las casas de los trabajadores no cuentan con sistema de agua potable (*Report of Environmental Work Group, 1987*). Los/las trabajadores(as) agrícolas reportan el índice más alto de lesiones producidas por sustancias químicas y tóxicas. Más que cualquier otro grupo de trabajadores, padecen e incluso mueren debido a condiciones producidas por la deshidratación y el calor. La esperanza de vida se estima en 49 años.

Algunas condiciones de salud son claramente atribuibles a los peligros ocupacionales del trabajo agrícola; por ejemplo, la dermatitis y los problemas respiratorios causados por hongos, el polvo y los pesticidas. El índice de mortalidad de estos/as trabajadores(as) debidos a pulmonía es 200% más alto que en el promedio nacional (*National Advisory Council on Migrant Health, 1993*). La carencia de agua potable en los campos contribuye a la deshidratación, problema muy frecuente sobre todo en los momentos más intensos de la cosecha. La ausencia de letrinas provoca retención de orina, misma que se vincula con infecciones urinarias. Según un estudio reciente en California, 18% de los trabajadores agrícolas presenta al menos dos de tres factores de riesgo para enfermedades crónicas: colesterol alto, alta presión u obesidad y 81% de los hombres y 76% de las mujeres presentan sobrepeso (*Villarejo et al., 2001*).

Respecto a la salud reproductiva de las trabajadoras agrícolas, problemas relacionados con el embarazo adolescente son la primera causa de consulta a los servicios de salud locales entre población de 15-19 años. Para las mujeres entre 20 y 29 años, las causas principales por las que visitan las clínicas de la salud son embarazo, diabetes y problemas reproductivos. En la categoría de 30-44 años de edad, los dos mayores problemas de salud que presentan las trabajadoras agrícolas son la diabetes y la hipertensión.

METODOLOGÍA

Este artículo se basa en resultados obtenidos por medio de métodos cualitativos. Consideramos que la selección de esta metodología fue perti-

nente, dadas las características de la población, las especificidades del proceso migratorio y la sensibilidad de los temas a tratar. Nuestro análisis está basado en tres fuentes. Primero, la información proporcionada por 68 mujeres de origen mexicano que participaron en diez grupos focales. Segundo, entrevistas guiadas por un formato de historia de vida con 12 mujeres, todas nacidas en México. Tercero, observación participante durante el trabajo de campo. El trabajo de campo y las entrevistas se realizaron entre 1998 y 1999. Las participantes fueron identificadas e invitadas a colaborar en el estudio por miembros de organizaciones locales y clínicas de salud de las comunidades. El proceso de investigación fue dialógico, es decir, se establecieron diálogos entre las investigadoras y las participantes dirigidos a explorar temas sobre las expectativas del género, la sexualidad, la experiencia migratoria y su relación con el cuerpo, así como las prácticas de riesgo relacionadas con la adquisición de ITS. En los grupos focales, después de explicar el proyecto, se proyectaba una película sobre la vulnerabilidad de las mujeres y el SIDA en México. Esta técnica de motivación grupal sirvió como detonador para una discusión posterior, vinculando tanto los escenarios vividos en México como los vividos en Estados Unidos (*Morgan, 1993*).

CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS DE LAS PARTICIPANTES

Las edades de las participantes variaron entre los 16 y 56 años. Todas las mujeres que entrevistamos percibían salarios bajos y se situaron dentro de la clase obrera o pobre. La mayor parte de ellas emigraron de áreas rurales de los estados de Michoacán, Jalisco, Guanajuato y Oaxaca. La mayoría de ellas no había terminado la educación primaria al momento de migrar. Las razones por las cuales las mujeres emigraron a California fueron diversas. Unas mencionaron que fue por perder su trabajo en México; otras al buscar refugio o huir de relaciones con hombres violentos; otras en la búsqueda de aventura. En todos los casos, la migración fue concebida como una estrategia de sobrevivencia. Todas las participantes emigraron adolescentes o adultas y hablan castellano como principal idioma.

Las mujeres viven en comunidades predominantemente mexicanas en las regiones agrícolas centrales del norte de California —Pájaro Valley en el condado de Santa Cruz, el Valle de Salinas en el condado de Monterey, en el valle de San Joaquín y en el condado de Fresno. Todas las informantes trabajan en la agroindustria, ya sea directamente en el campo (“los files”), las empacadoras, o en plantas procesadoras de alimentos. La mayoría tipificó las condiciones de trabajo como peligrosas. Asimismo, mencionó estar expuesta a una doble jornada: además de trabajar para obtener un salario, tenían que ocuparse de las tareas del hogar y hacerse cargo del núcleo familiar.

A través de las entrevistas se ilustra un proceso de globalización que es típico en el centro-norte de California. El asentamiento de mujeres mexicanas en esta región empezó a ser significativo al final del Programa de Braceros y se incrementó dramáticamente a principios de los años ochenta. Hoy, por ejemplo, en la región rural del condado de Santa Cruz, casi 70% de la población es latina, predominantemente mexicana.

EL CONTROL DEL CUERPO: ESPACIOS NO CRUZADOS POR LA FRONTERA

La mayor parte de las mujeres mencionó haber sido criada dentro de un marco cultural sexualmente represivo y básicamente respaldado por valores morales que tienen su justificación en versiones locales del catolicismo. Dentro de este marco, se exige a la mujer abstención de los placeres sexuales *per se*, sobre todo si éstos se plantean fuera del matrimonio y sin justificación reproductiva. Los valores fomentados por la Iglesia y otras instituciones locales ejercen presiones sobre las mujeres para que canalicen sus deseos sexuales en términos convencionales y heterosexuales. La marcada oposición cultural virgen-puta se puede apreciar en la manera en la que las mujeres adoptan las estrategias del silencio sobre su sexualidad, y de un “culto virtual a la virginidad”, donde la modestia y la reputación como “mujeres decentes” se prestigian (Díaz, 1998).

Como una estrategia para controlar el comportamiento sexual, desde chicas estas mujeres han sido advertidas —directa e indirectamente

a través, por ejemplo, de metáforas y leyendas— que existen señales físicas que sus cuerpos pueden adquirir si transgreden las reglas establecidas. Estas “señales” pueden ser percibidas por sus madres u otros parientes: “Las mujeres que pierden la virginidad caminan diferente, con sus piernas separadas, y en sus rostros y en sus ojos se nota que ‘saben más’, que ya tuvieron ‘uso’ de hombre” (Zoila, 34 años, casada). Incluso después del matrimonio, la manera de vestir y de moverse suele ser controlada para no parecer demasiado provocativas y para marcar espacios de pertenencia, en este caso al marido.

Mencionaron que en sus lugares de origen, cuando eran niñas o adolescentes, no se permitía a las mujeres andar solas en público, sobre todo si eran solteras. Pero indicaron que esto está cambiando con el tiempo y por influencia de la migración. Muchas de ellas no tenían experiencia laboral antes de emigrar a California. Esta inexperiencia sobre el manejo de determinados espacios sociales, donde se negocian ciertas libertades, fue advertida como negativa en el contexto de la migración. Cuando debieron enfrentarse a nuevas situaciones, en nuevos lugares, con menor vigilancia comunitaria, muchas veces la ausencia de control les causó inestabilidad, sorpresa, miedo.

Dentro de este marco, el cuerpo es percibido como un espacio cartográfico, como un mapa: se delimitan las zonas prohibidas, se establecen límites y jurisdicciones, se inscriben las transgresiones, puede ser leído por otros. El mapa corporal es, por un lado, un refugio y una referencia, y por el otro lado, una posible fuente de traición al ser proyectado en público, al ser expuesto a la lectura que sobre el mismo pueden hacer los demás. Al emigrar, la mujer expone su cuerpo y los valores adscritos en él, a cierto tipo de lecturas. Estar fuera de los espacios tradicionales de control sugiere un posible distanciamiento de las normas y valores establecidos. Enfrentarse a nuevas situaciones, a nuevos valores, puede ser visto como un factor de riesgo para la “integridad de la mujer” (Buss, 1995). La visión periférica desempeña en este contexto un papel fundamental: el vaivén entre “lo que hago aquí, que no puedo hacer allá, y lo que hago allá que aquí ni loca haría, y los riesgos que enfrente si soy descubierta” (Carmen, 27 años, soltera).

LOS CAMBIOS VINCULADOS CON LA MIGRACIÓN INSCRITOS EN EL CUERPO

Al emigrar y/o establecerse en otros lugares fuera de sus comunidades de origen, estas mujeres perciben y experimentan una variedad de cambios respecto a las relaciones de género, a sus roles y a sus expectativas. A menudo se encuentran con posibilidades que no se habían imaginado antes de migrar; por ejemplo, trabajar fuera del contexto doméstico con tantos hombres. Los valores y posiciones generadas a partir de esta nueva situación interactúan, muchas veces conflictivamente, con los roles de madres y amas de casa que, además de trabajadoras asalariadas, tienen que desempeñar (Zavella, 2003).

La proporción hombre-mujer durante la época de cosecha en estas áreas llega a ser de 20 hombres por una mujer. Además, un porcentaje significativo de estos trabajadores está constituido por jóvenes migrantes transitorios, que van y vienen anualmente, visitan México después de la cosecha, que puede durar hasta nueve meses del año. Dentro de este tipo de trabajadores migrantes transitorios se incluye a aquellos muchachos que dejan a su esposa, amante y familia en México, como también a los que son solteros y que podrían esperar conseguir una compañera para retornar a México o para quedarse en California.

Las mujeres migrantes solteras, por su parte, tienen una amplia gama para seleccionar entre amantes potenciales y/o esposos. Aunque no estén buscando un compañero, a diferencia de sus experiencias en México en un ambiente de alta segregación de género, los campos agrícolas en California colocan a mujeres y hombres en una proximidad cercana y peligrosa a veces. Para muchos(as) jóvenes la migración, además de tener fuertes motivaciones económicas, es presentada como un rito de paso en el que se inician sexualmente, ya sea con personas de igual o diferente sexo, y "entran" al mundo de los adultos (Castañeda, Brindis y Castañeda, en prensa).

La forma en que el cuerpo femenino se presenta en público es uno de los cambios más significativos que estas mujeres experimentan al trabajar en la agroindustria en California. Expresaron que sus sitios de trabajo, particularmente los campos y las empacadoras, se convierten en lugares para conseguir pareja, lo que es un incentivo más. Cualquier expresión de disponibilidad, mostrada a través del maquillaje o de la

ropa, es percibida por los/las compañeros(as) como un signo de apertura y sienta bases sobre las cuales se pueden hacer invitaciones a salir, a tener otro tipo de encuentros que aquellos propiamente laborales, lo que también puede tomarse como pretexto para justificar el acoso sexual en el lugar de trabajo.

Al eliminar las barreras que las protegen de las inclemencias del tiempo y de los hostigamientos sexuales, las trabajadoras agrícolas transitan por ritos de paso que se asemejan a los descritos por Xóchitl Castañeda con las trabajadoras sexuales de la Ciudad de México, pues enfrentan una especie de "esquizofrenia social". En sus sitios de trabajo, estas mujeres se convierten en *aliens*, en una especie de extranjeras, en seres difusos envueltos en múltiples ropajes que funcionan como membranas protectoras contra el medio adverso, el cual incluye los hostigamientos por parte de los hombres, las difíciles condiciones laborales y climatológicas. "A veces, cuando estamos fuera de los campos, no nos reconocemos, no sabemos quién estuvo trabajando en la cuadrilla, pues no sabemos qué ropa llevaba abajo, pues todo estaba tapado. Salvo por la voz y los ojos es que a veces nos podemos reconocer" (Berta, 45 años, casada). "A mí me ha pasado que cuando recojo a mi hija en la tarde en la escuela, oigo la voz de alguien y entonces 'me cae el veinte' y me digo: 'creo que la Juana estuvo hoy trabajando conmigo'. Muchas veces ni para comer nos destacamos. Al principio es difícil, luego te acostumbras. Es como si no fueras tú; muchas ideas se atraviesan" (Mónica, 31 años, unión libre).

FACTORES DE RIESGO

Tener relaciones heterosexuales con sus parejas habituales puede ser uno de los principales factores de riesgo para las trabajadoras agrícolas en California. Estudios recientes muestran que las latinas son uno de los grupos de población que presenta mayores riesgos para contraer infecciones de transmisión sexual, como el VIH (Gómez y Marín, 1996): 46% de los casos de SIDA entre latinas se dan debido al contacto heterosexual con hombres (Center for Disease Control and Prevention, 1994). Frecuentemente, este tipo de contagio se producía al tener relaciones con sus parejas hombres, quienes habían tenido relaciones con otras personas

(incluyendo otros hombres), trabajadoras sexuales o porque utilizaban drogas intravenosas (Díaz, 1998). Asimismo, muchos hombres trabajan en el transporte de productos agrícolas entre diferentes lugares de Estados Unidos e incluso internacionalmente. En estos viajes, es común que tengan encuentros sexuales sin protección. Existen mitos surgidos a partir de las desigualdades de género que sitúan al hombre-macho como un ser con altos deseos sexuales, mientras que la mujer tiene que asumir roles más sumisos. Por lo general, cuando regresan a sus casas, estos hombres no utilizan condones. Hacerlo pondría en entredicho su credibilidad y sería tomado por la pareja como un signo de aceptación de un comportamiento social y religiosamente condenado. Así, el círculo vicioso se establece y acrecienta la posibilidad de difundir infecciones de transmisión sexual.

Es un hecho que en los campos agrícolas de California mujeres y hombres conviven en mayor proximidad. "Todos trabajamos por parejo, muchas veces atrás de mí, en el surco, viene un hombre. No siempre las cuadrillas son de puras mujeres. Depende lo que hay de trabajo" (comentario realizado a través de un grupo focal). Asimismo, las condiciones de la migración y la elevada proporción hombre-mujer son factores que inciden para que las trabajadoras agrícolas tengan un abanico amplio para elegir hombres como amantes y/o esposos potenciales. Esto, aunado a revalorizaciones que se dan en la esfera personal por trabajar y "poder elegir" en el campo del deseo, posee varias implicaciones, entre ellas, posibles prácticas de riesgo para contraer infecciones de transmisión sexual. "Es difícil resistir a tantas tentaciones. Yo he tenido varios jóvenes que me han ofrecido, como dice la canción 'la tierra, el cielo y las estrellas' para que pase un momento con ellos. Están muy solos y con el instinto alto" (Marta, 44 años, soltera).

La revaloración y empoderamiento de las trabajadoras agrícolas se da en cierta medida a partir del trabajo asalariado y de tener su propio dinero —en un contexto dominado por hombres—, pero también al revalorizar su autoimagen a partir de la apreciación hecha por otros, especialmente si son jóvenes, solteros y guapos. Ha sido documentado que la gratificación puede promover cierto relajamiento en las normas y valores morales dominantes —católicos y patriarcales— y abrir puertas para ex-

presar el deseo sexual de manera menos restrictiva (Castañeda, Brindis y Castañeda, en prensa). En el campo del comportamiento sexual, esto puede tener repercusiones en prácticas sin protección fuera de la pareja habitual o del esposo: "En los campos está nuestra mejor raza: hay jóvenes muy guapos, fuertes y que ves que están tan solícitos y que te juran amor; a veces es difícil resistir. Y como vienen de pueblitos chicos de México, pues uno piensa que no hay mucho problema, además, están tan solos, no conocen a nadie acá" (Blanca, 38 años, soltera con hijos). "Acá en Estados Unidos se facilitan las cosas. Hay moteles, la gente tiene carro y como una trabaja, pues se puede escapar sin que nadie se dé cuenta. Pero eso sí, una tiene que cuidarse, hasta de la expresión de la cara, pues si no, te delatas" (Esther, 22 años, soltera).

El nuevo contexto en el que el cuerpo de la trabajadora agrícola es redibujado tiende a ser menos restrictivo que el de sus comunidades de origen. Los mecanismos de control, basados en estructuras patriarcales y coercitivas, son generalmente cuestionados y puestos en tela de juicio a partir de la comparación con otras normas y códigos diferentes. A pesar de ello, muchas de estas mujeres continúan experimentando ansiedades generadas por valores profundamente arraigados, históricamente cimentados. Las posibilidades de ejercer con más libertad las pulsaciones y deseos sexuales se ven condicionadas por los miedos generados frente a las posibles traiciones que el cuerpo pueda hacer. Estas traiciones se justifican a partir de los signos inscritos en el cuerpo que pueden ser leídos por ellas mismas (autocastigo), por personas del nuevo nicho social, que generalmente no están desligadas de las comunidades de México, y al volver, "en el otro lado". De acuerdo con las expectativas sociales, reforzadas por la moral católica, las mujeres no tienen derecho a tener relaciones sexuales fuera del marco reproductivo, que las dispensa, o del matrimonio. La virginidad y la monogamia son estructuras constantemente reforzadas y actualizadas, incluso en un contexto donde existe mayor permisibilidad, y donde la dependencia económica no es el principal factor de dominación.

CONCLUSIONES

Pese al enorme y valioso fruto de su trabajo, las mujeres mexicanas que laboran en el agro de California frecuentemente son marginadas de la sociedad dominante y son víctimas del racismo y la discriminación de clase. La mala alimentación, el estrés, las condiciones laborales, la violencia doméstica, las prácticas sexuales sin protección son elementos que propician la propagación de ciertos padecimientos y facilitan la transmisión y el incremento de infecciones de transmisión sexual, como el VIH/SIDA.

Las trabajadoras agrícolas mexicanas en California crean valores y normas relacionadas con paradigmas de género, las prácticas sexuales y los espacios de la sexualidad, como el cuerpo, en contextos condicionados por una visión periférica; es decir, dentro del proceso migratorio y a partir de "vidas divididas". En un clima social controversial y de inestabilidad, estas mujeres reinventan mundos subjetivos a partir de su experiencia laboral, de sus relaciones familiares y comunitarias, y del uso y valor otorgado a sus cuerpos. Esto dentro de un marco económico, social, y político transnacional o translocal.

Asimismo, desarrollan estrategias para ocultar sus cuerpos sexuados cuando trabajan en ambientes dominados por hombres. Por ejemplo, se observaron rituales a través de los cuales cubren ciertas partes del cuerpo, principalmente la cara y las caderas con varias capas de ropa o toallas y pañuelos. La primera cosa que hacen estas mujeres al iniciar su labor en el campo es proteger las partes del cuerpo que están expuestas a las inclemencias del tiempo, a las condiciones de trabajo peligrosas (pesticidas, agroquímicos) y a posibles hostigamientos sexuales (por parte de los trabajadores y los capataces).

Redibujar el cuerpo de las trabajadoras agrícolas mexicanas comprende varios procesos que incluyen las negociaciones respecto a las expectativas y roles de género, así como aspectos de la sexualidad construidas en dos contextos (México-Estados Unidos), matizadas localmente y mediadas por la globalización.

BIBLIOGRAFÍA

- Bardacke, Frank (1994), *Good Liberals and Great Blue Herons*, Santa Cruz, California, Center for Political Ecology.
- Bureau of Primary Health Care Web Site (2000), [en línea], disponible: <http://www.bphc.hrsa.dhhs.gov> __ <http://www.bphc.hrsa.dhhs.gov>
- Buss, Fran Leeper (1995), *Forged under the Sun/Forjada bajo el sol: The Life of Maria Elena Lucas*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.
- Castañeda, Xóchitl, Claire Brindis e Itza Castañeda (s.f.), "Nebulous Margins: Sexuality and Social Constructions of Risks in Rural Areas of Central Mexico", *Culture, Health and Sexuality* (en prensa).
- Castañeda, Xóchitl *et al.* (1996), "Sex Masks: "The Double Life of Female Commercial Sex Workers in Mexico City", *Culture, Medicine and Psychiatry*, vol. 20, pp. 229-247.
- Castañeda, Xóchitl, Itzá Castañeda y Betania Allen (1999), *La construcción de la percepción de riesgo entre adolescentes de áreas rurales de México*, Cuernavaca, Centro de Investigaciones en Salud Poblacional, Instituto Nacional de Salud Pública.
- Centers for Disease Control and Prevention (1994), *HIV/AIDS Surveillance Report*, vol. 6, pp. 1-3.
- CONAPO (Consejo Nacional de Población) (2001), [en línea], disponible: <http://www.conapo.gob.mx>
- Dever, G. E. Alan (1991), *Profile of a Population with Complex Health Problems*, Austin, National Migrant Resource Program.

- Díaz, Rafael M. (1998), *Latino Gay Men and HIV: Culture, Sexuality and Risk Behavior*, Nueva York, Routledge Press.
- Galarza, Ernesto (1977), *Farm Workers and Agri-Business in California, 1847-1960*, Notre Dame, University of Notre Dame Press.
- Ginsburg, Faye D. y Rayna Rapp (1995), "Introduction", *Conceiving the New World Order: The Global Politics of Reproduction*, Berkeley, University of California Press.
- Gómez, Cynthia y Barbara Marín (1996), "Gender, Culture and Power: Barriers to HIV-Prevention Strategies for Women", *Journal of Sex Research*, vol. 25, no. 4, pp. 355-362.
- López, Ann Aurelia (2002), *From the Farms of West Central Mexico to California's Corporate Agribusiness: The Social Transformation of Two Binational Farming Regions*, tesis de doctorado, Santa Cruz, Department of Environmental Studies, University of California.
- Lozano Ascencio, Fernando (1993), *Bringing It Back Home: Remittances to Mexico from Migrant Workers in the United States*, San Diego, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California.
- Martin, Emily (1995), *Flexible Bodies: Tracking Immunity in American Culture-From the Days of Polio to the Age of AIDS*, Nueva York, Beacon.
- Morgan, David L. (1993), *Successful Focus Groups: Advancing the State of the Art*, Newbury Park, SAGE Publications.
- National Advisory Council on Migrant Health (1993), *Recommendations of the National Advisory Council on Migrant Health*, Rockville.

- National Agricultural Workers Survey (2000), *A Demographic and Employment Profile of United States Farmworkers*, U.S. Department of Labor, Office of the Assistant Secretary for Policy, Office of Program Economics, Washington.
- National Center for Farmworker Health (2002), [en línea], disponible: <http://www.ncfh.org>
- Office of Minority Health Resource Center (1988), *Closing the Gap: Wide Health Disparities Continue*.
- Palerm, Juan Vicente (1991), *Farm Labor Needs and Farm Workers in California, 1970-1989*, informe inédito del State Employment Development Department.
- _____ y José Ignacio Urquiola (1993), "A Binational System of Agricultural Production: The Case of the Mexican Bajío and California", en Daniel G. Aldrich, Jr. y Lorenzo Meyer (eds.), *Mexico and the United States: Neighbors in Crisis*, Berkeley, The Borgo Press, pp. 311-366.
- Report of Environmental Work Group* (1987), Office of Migrant Health, Bureau of Health Care Delivery and Assistance, Rockville, U.S. Department of Health and Human Services.
- Santa Cruz County Farmworker Housing Committee (1993), *Santa Cruz County Farm Worker Housing Needs*, informe inédito.
- Scheper-Hughes, Nancy (1994), "AIDS and the Social Body", *Social Science and Medicine*, vol. 39, no. 7, pp. 991-1003.
- U.S. Department of Justice (1997), "INS Releases Updated Estimates of U.S. Illegal Population", Washington.
- U.S. Immigration and Naturalization Service (1998), *Illegal Alien Resident Population*, San Diego.

- _____ (1996), *Border Crossing Statistics*, San Diego.
- Villarejo, Don *et al.* (2000), *Suffering in Silence: Who Are California's Agricultural Workers?*, The California Endowment, derived from the California Institute of Rural Studies.
- _____ (2001), *Access to Health Care for California's Hired Farm Workers: A Baseline Report*, California Program on Access to Care, University of California.
- Young, Katherine (1995), *Bodylore*, Tennessee, The University of Tennessee Press.
- Zabin, Carol *et al.* (1993), *Mixtec Migrants in California Agriculture: A New Cycle of Poverty*, Davis, California Institute for Rural Studies.
- Zavella, Patricia (1999), "Engendering Transnationalism in Food Processing: Peripheral Vision on Both Sides of the U.S.-Mexico Border", en Carlos G. Vélez-Ibáñez, Anna Sampaio y Manolo González-Estay (eds.), *Transnationalism and Latino Communities: Politics, Processes and Cultures*, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers, Inc., pp. 225-245.
- _____ (2003), "Talkin' Sex: Chicanas and Mexicanas Theorize about Silences and Sexual Pleasures", en Gabriela Arredondo, *et al.* (eds.), *Chicana Feminisms: Disruption in Dialogue*, Durham, Duke University Press (en prensa).

PEQUEÑOS ENCUENTROS: LAS LATINAS HABLAN DE SALUD
EN LA REGIÓN FRONTERIZA MÉXICO-ESTADOS UNIDOS

Rebecca M. Gámez

INTRODUCCIÓN

El presente estudio forma parte de un proyecto más amplio de lingüística del idioma español y se trata del análisis discursivo de un grupo de mujeres que hablan de sus experiencias en un proyecto de monitoreo de cáncer de mama en Austin, Texas. Algunas de las interrogantes que motivan la investigación son: ¿De qué manera negocian las mujeres hispanohablantes de la frontera, específicamente las de esta clínica, sus relaciones de poder y cómo representan sus identidades de género, raza o clase? ¿De qué forma desafía la región fronteriza¹ nuestra investigación en torno a las intersecciones entre género y lenguaje? ¿De qué manera reflejan los discursos del poder una variedad de identidades y cómo responden hacia las instancias discursivas e institucionales?

A primera vista, este tipo de investigación resulta un poco distinta respecto al resto del presente libro. Sin embargo, su formulación comparte el compromiso común de dar un seguimiento a los movimientos sociales emergentes, particularmente a aquellos vinculados con las mujeres que habitan la frontera México-Estados Unidos. Aunque en este estudio las mujeres no constituyen un movimiento social *per se*, es posible identificar características que nos permiten verlas como una "comunidad de práctica" (McConnell-Ginet y Eckert, 1992). Esta comunidad, aun siendo

¹ Mi empleo del término "región fronteriza" no refleja simplemente una frontera geopolítica; más bien, siguiendo los estudios fronterizos de otros investigadores, destaco el término para significar la naturaleza liminal de la frontera, donde los individuos están "entrecruzados" por varias fronteras que afectan la construcción de su identidad (véase Álvarez, 1995, y Vila, 2000).